

ella y cree que otra, aun cuando fuese hermosísima, no podría hacerle tan buen servicio.

— ¡ Ah, Dios mio ! ; por eso está el teatro tan triste ! exclamó Hoffmann ; ; por eso no traéis hoy las hebillas, los anillos, ni la caja de diamantes ! Por eso á derecha é izquierda de la escena, en lugar de los bustos de Apolo y de Terpsicore están esos dos asquerosos bustos : ; puf !

— Pero, ¿ qué estáis diciendo ? ; En dónde habéis visto hebillas y cajas de diamantes ? ; En dónde habéis visto los bustos de Apolo y de Terpsicore ? ; Pues si hace dos años que no hacen flores, y ¿ que los diamantes se han convertido en asignados, y que las joyas se fundieron en el altar de la patria ! Por mi parte, ; gracias á Dios ! jamás he tenido hebillas á no ser de cobre, ni anillos á no ser de plata sobredorada, ni caja de tabaco á no ser de plata lisa. En cuanto á los bustos de Apolo y de Terpsicore, es verdad, estuvieron aquí en otro tiempo ; pero los amigos de la humanidad vinieron á romper el busto de Apolo y á sustituirlo con el del apóstol Voltaire, y los amigos del pueblo vinieron á destrozár el busto de Terpsicore y á reemplazarlo con el del dios Marat.

— ¡ Oh ! exclamó Hoffmann ; es imposible. Os digo que antes de ayer vi el teatro perfumado con flores, resplandeciente en vestidos, hecho un torrente de diamantes, y habia hombres elegantísimos en lugar de esas hembras de casaquin y de esos mocetones de carmañola. Repito que teniais hebillas de diamantes en los zapatos, anillos de diamantes en los dedos, y una cabeza muerta, hecha de diamantes, en la tapa de vuestra caja de tabaco : repito que.....

— Y yo también os digo, joven, replicó el hombrecillo vestido de negro, que antes de ayer estaba ella ahí, que lo iluminaba todo con su presencia, y que su aliento

hacia renacer las rosas, y resplandecer las joyas, y brillar todos los diamantes de vuestra imaginación : os digo que la amáis, joven, y que lo habéis visto todo por el mágico prisma de vuestro amor. Arsenia no está en las tablas, y por consiguiente vuestro corazón se halla muerto, vuestros ojos han perdido aquel encanto, y ahora no veis más que indiana, y paño burdo, y gorros frigos, y manos sucias y cabellos grasientos. Veis, en fin, el mundo tal como es y las cosas tales como son.

— ¡ Oh, Dios mio ! exclamó Hoffmann dejando caer su cabeza en sus manos ; ; es verdad todo eso ? ; tan cerca estoy de volverme loco ?

XV

El café

Hoffmann no salió de aquel letargo hasta que sintió una mano sobre el hombro. Levantó la cabeza y todo estaba oscuro y negro á su alrededor : el teatro sin luces le parecía el cadáver del teatro que habia visto vivo. El soldado que estaba de guardia se paseaba solo y silencioso, como el centinela de la muerte ; no habia arañas, ni orquesta, ni resplandores, ni ruido.

Una voz solamente murmuraba en sus oídos :

— ¡ Ciudadano, ciudadano ! ; qué hacéis aquí ? estáis en el teatro de la Opera, ciudadano ; aquí se duerme ; enhorabuena ! pero no se pasa la noche.

Hoffmann miró hacia el lado por donde venia la voz y vió una viejecilla que le tiraba del cuello de su redingote.

Era la acomodadora de la orquesta, que ignorando las intenciones de tan obstinado espectador, no quería irse sin llevarlo por delante.

Por lo demás, Hoffmann, despierto ya, no hizo resistencia alguna; lanzó un suspiro y murmuró la palabra Arsenia.

— ¡ Ah ! sí, Arsenia, dijo la viejecilla, Arsenia : ¿ también os habéis enamorado de ella como todo el mundo ? Ha sido gran pérdida para el teatro y especialmente para nosotras las acomodadoras.

— Para vosotras, preguntó Hoffmann, alegre por hallar quien le hablase de la bailarina ; ¿ y cómo el que Arsenia pertenezca ó no al teatro puede influir en ganancia ó pérdida para vosotras ?

— ¡ Oh ! cáspita ! Es bastante fácil comprenderlo ; desde luego había un lleno cuando ella bailaba, y por consiguiente se hacía gran comercio con butacas, sillas y bancos : en la Ópera, ciudadano, todo se paga ; se pagaban los banquillos, sillas y taburetes suplidos, y esta era nuestra menor ganancia : digo menor, añadió la vieja con cierta malicia, porque también hay ganancia mayor.

— ¿ Ganancia mayor ?

— Sí.

Y la vieja guiñó el ojo izquierdo.

— ¿ Y en qué consistía la mayor ganancia ?

— La mayor ganancia estaba en que había muchos que nos pedían noticias de ella, y querían saber las señas de su casa, y querían enviarle billetitos. Como comprenderéis muy bien, cada cosa tenía su precio : tanto las noticias, tanto las señas, tanto el billete ; en fin, se negociaba y se vivía honradamente.

Y la viejecilla lanzó un suspiro que se podía comparar sin desventaja al que había lanzado Hoffmann al principiar el diálogo que acabamos de referir.

— ¡ Hola ! dijo Hoffmann ; ¿ os encargabais de dar noticias, señas y cartas ?... ¿ Lo hacéis todavía ?

— ¡ Ay, señor ! Ya serian inútiles las noticias que os diera ; las señas no las sabe nadie, y el billete que dierais para ella, se perdería sin llegar á su destino. Si queréis con respecto á alguna otra, á Mad. Vestris, á Madlle. Bigottini, á Madlle.....

— Gracias, buena mujer, gracias : no deseo saber sino de Madlle. Arsenia.

Y sacando un escudo del bolsillo :

— Tomad, le dijo, tomad por el trabajo de haberme despertado.

En seguida se despidió de la vieja, y entró con pasos lentos en el bulevar, con intención de seguir el mismo camino que había seguido la antevispera, pues ya no existía el instinto que le había guiado al irse al teatro.

Su marcha se resentía de la diferencia de las sensaciones que había experimentado. Dos noches antes, era su marcha por aquella calle la del hombre, que viendo pasar á la esperanza, echa á correr detrás de ella, sin pararse á reflexionar que Dios le ha dado sus largas alas azules para que el hombre no la alcance jamás. Tenía la boca abierta y jadeante, la cabeza levantada, los brazos extendidos ; y entonces, al contrario, andaba lentamente como el hombre que después de haberla perseguido inútilmente, acaba de perderla de vista, y su boca estaba cerrada, y su cabeza agachada, y sus brazos caídos. Dos noches antes, había empleado apenas cinco minutos en ir desde la puerta de San Martín á la calle de Montmartre, y entonces echó más de una hora y más de otra en ir de la calle de Montmartre á su casa : porque había llegado á tal estado de abatimiento que le importaba poco el ir pronto, tarde ó nunca.

Dicen que hay un Dios para los borrachos y los enamorados, y sin duda que este Dios velaba por Hoffmann :

le hizo evitar las patrullas, y dar con los muelles, con los puentes y con su casa, en donde, no sin mucha admiración y escándalo de la patrona, entró á la una y media de la madrugada.

Entre tanto, un ligero resplandor dorado danzaba en el fondo de la imaginación de Hoffmann, como un fuego fatuo por la noche. El médico, aunque no sé bien si este médico existía, ó si era una fantasmagoría de su imaginación ó una alucinación de su espíritu, el médico, repito, le había dicho que Arsenia había salido del teatro, porque su amante había tenido celos de un joven, que estaba en la orquesta, y al cual había dirigido Arsenia miradas muy tiernas : había dicho también, que lo que más había aumentado los celos de aquel tirano, había sido saber que el tal joven había estado espiando la salida de los artistas, y luego había salido corriendo detrás del carruaje como un desesperado : ¡ pues bueno ! él era quien había mirado apasionadamente á Arsenia, y quien había recibido miradas suyas ; él quien había estado esperando á la puerta del vestuario ; él quien había salido corriendo, como un desesperado, detrás del carruaje. Luego Arsenia lo había observado, supuesto que pagaba la pena de su distracción ; luego Arsenia sufría por su causa ; luego él había entrado en la vida de Arsenia por la puerta del dolor ; ¡ ah ! pero el caso es que había entrado ; esto era lo principal : de su modo de conducirse dependía el sostenerse allí. ¿ Y cómo, por qué medio, de qué manera entenderse con Arsenia, darle noticias suyas y decirle que la amaba ? Cosa muy difícil hubiera sido desde luego para un parisiense legítimo el hallar á una linda bailarina perdida en el laberinto de la ciudad inmensa : ¿ cuánto más difícil, cuán imposible no sería, pues, para Hoffmann que no llevaba más que tres días de estar en París y á quien tanto trabajo le costaba el encontrarse á sí mismo ?

Hoffmann ni aun se tomó el trabajo de buscarla : comprendía que la casualidad era solamente quien podía ayudarle. Un día sí y otro no, leía el cartel del teatro de la Ópera, y un día sí y otro no, tenía el sentimiento de ver que París sentenciaba durante la ausencia de la que merecía la manzana con mucha más razón que Venus.

Desde entonces, decidió no volver más al teatro de la Ópera.

Una vez tuvo la idea de ir á la Convención ó á los Cordeleros, unirse á los pasos de Dantón, espiarlo noche y día, y descubrir de este modo el oculto retiro en que estaba escondida la bella bailarina. Fué en efecto á la Convención y á los Cordeleros ; pero Dantón no estaba allí ; hacía siete ú ocho días que no iba ; cansado de la lucha que sostenía hacia dos años, vencido por el fastidio más que por la superioridad, Dantón, al parecer, se había retirado de la vida política. Se decía que estaba en su casa de campo. ¿ Y en dónde estaba esa casa de campo ? Nadie lo sabía : contaban unos que en Rueil y otros que en Auteuil.

Tan imposible era hallar á Dantón como á Arsenia.

Quizás se creerá que la ausencia de Arsenia hizo que Hoffmann pensase en Antonia ; pero, ¡ cosa rara ! no sucedió así : él hizo cuantos esfuerzos pudo, pero inútiles todos, porque volviese á dominar en su espíritu la pobre hija del director de orquesta de Manheim. Por un instante, y á fuerza de voluntad, se concentraban todos sus pensamientos en el gabinete de Gottlieb Murr ; pero un momento después las particiones amontonadas sobre las mesas y pianos, el maestro Gottlieb pataleando ante su pupitre, Antonia tendida en su canapé, todo desaparecía para dejar su sitio á un gran cuadro iluminado, en el que al principio se veían sombras, y luego las sombras presentaban bultos, y después los bultos figuraban formas mitológicas, y más tarde, en fin, todos aquellos

héroes, ninfas, dioses y semidioses desaparecían para dejar sitio á una sola diosa, á la diosa de los jardines, á la hermosa Flora, es decir á la divina Arsenia, á la mujer del collar de terciopelo y del broche de diamantes, y entonces Hoffmann caía, no ya en un sueño, sino en un éxtasis del que no lograba salir sino arrojándose en la vida real, dando codazos á los transeúntes por las calles, rodando, en fin, entre la muchedumbre y su ruido.

Quando la alucinación, de que Hoffmann era víctima, tomaba proporciones gigantescas, salía, como digo, á la calle, y sin saber cómo, llegaba á la cuesta del río, tomaba por el Puente-Nuevo y casi nunca se detenía hasta que llegaba á la esquina de la calle de la Monnaie, donde había hallado un café que era el centro de los más formidables fumadores de la capital. Allí podía creer Hoffmann que se hallaba en una taberna inglesa, en algún lupanar holandés, ó en la mesa de algún huésped alemán, pues el humo de la pipa formaba una atmósfera en que nadie podía respirar á no ser fumador de primera clase.

Después de entrar allí se iba nuestro héroe á una mesita colocada en un rincón, y pedía una botella de cerveza de la fábrica de Mr. Santerre, quien acababa de dimitir, en favor de Henriot, su destino de general de la guardia nacional de París; cargaba hasta el borde la gran pipa conocida nuestra, y se envolvía por algunos instantes en un humo tan espeso como aquel en que Venus envolvía á Eneas cada vez que la tierna madre juzgaba urgente arrancar á su amadísimo hijo de la cólera de sus enemigos.

Ocho ó diez días habían pasado desde la aventura de Hoffmann en el teatro de la Ópera, y por consiguiente desde la desaparición de la hermosa bailarina; era la una de la tarde y hacía media hora, poco más ó menos, que se hallaba nuestro poeta en el café, ocupándose con

todas las fuerzas de sus pulmones en establecer á su alrededor el recinto de humo que le separaba de sus vecinos, cuando le pareció que distinguía en el vapor una forma humana, y luego oír, sobre todos los rumores, el doble ruido del tarareo y del castañeteo habitual del hombre del vestido negro; parecióle, además, que en medio de aquel vapor veía un punto luminoso del que se desprendían chispas: abrió bien los ojos, medio cerrados por una suave modorra de espíritu, y vió delante sentado en un taburete, al fantástico doctor, á quien conoció tanto más cuanto que llevaba sus hebillas de diamantes en los zapatos, sus anillos de diamantes en los dedos, y su cabeza muerta de diamantes en la tapa de su caja de tabaco.

— Está bien, dijo Hoffmann; indudablemente me vuelvo loco. Y cerró rápidamente los ojos.

Pero mientras más herméticamente cerraba los ojos, más oía el tarareo y el golpecito acompasado, y todo de un modo tan claro y distinto, que el joven comprendió que allí había un fondo de verdad y que toda la diferencia era de un poco más ó un poco menos.

Abrió primero un ojo y después el otro; el médico seguía en su sitio.

— Buenos días, joven, le dijo á Hoffmann: parece que os estáis durmiendo; tomad un polvo y os desvelaréis.

Y abriendo su caja ofreció tabaco al alemán, quien extendió maquinalmente el brazo, tomó un polvo y lo sorbió.

Parecióle en aquel momento que se había iluminado su espíritu.

— ¡Ah! exclamó Hoffmann; ¿sois vos, doctor? ¡Cuánto me alegro de veros!

— Si os alegráis de verme, respondió el doctor, ¿cómo es que no me habéis buscado?

- ¿Sabía acaso en dónde vivís?
- ¡Buena está la dificultad! en cualquier cementerio os hubieran dado las señas.
- ¿Sabía acaso vuestro nombre?
- El doctor de la cabeza de muerto: todo el mundo me conoce por este nombre. Además que había un sitio en donde sabíais que podíais hallarme.
- ¿En dónde?
- En el teatro de la Ópera. Soy el médico del teatro de la Ópera. Bien lo sabéis, pues me habéis visto dos veces en él.
- ¡Oh! el teatro de la Ópera! dijo Hoffmann meneando la cabeza y suspirando.
- ¿Qué, no vais ya á ese teatro?
- Ya no voy á él.
- ¿Desde que Arsenia dejó de hacer el papel de Flora?
- Exactamente; y mientras no sea ella quien lo haga, no volveré por allá.
- La amáis, joven, la amáis.
- No sé si la enfermedad que padezco se llama amor; pero sé que si no vuelvo á verla, ó me moriré ó me volveré loco.
- ¡Cáspita! ¡Es menester no morirse ni volverse loco! la locura tiene muy pocos remedios y la muerte no tiene ninguno.
- ¿Y entonces qué he de hacer?
- ¡Voto va! verla.
- ¡Cómo! ¿verla?
- ¡Sin duda!
- ¿Halláis algún medio?
- Quizás.
- ¿Y cuál es?
- Esperad.

Y el doctor se puso á pensar guiñando los ojos y dando golpecitos en la tapa de su caja.

Así que pasó un rato, volvió á abrir los ojos y quedándose con los dedos en el aire encima de la caja, dijo:

— ¿No me habéis dicho que sois pintor?

— Sí; pintor, músico y poeta.

— Por ahora nos basta con la pintura.

— ¿Por qué?

— Porque Arsenia me ha encargado que le busque un pintor.

— ¿Y para qué?

— Pues, ¡pardiez! ¿para qué se busca un pintor? Para que haga su retrato.

— ¡El retrato de Arsenia! exclamó Hoffmann levantándose: ¡ya estoy listo, ya estoy listo! ¡vamos!

— ¡Silencio! mirad que soy un hombre grave.

— ¡Sois mi salvador! exclamó Hoffmann echando sus brazos al cuello del hombrecillo vestido de negro.

— ¡Juventud! ¡juventud! murmuró éste acompañando esta palabra con la misma risa con que hubiera fisgado su cabeza muerta si esta hubiera sido del tamaño natural.

— ¡Vamos, vamos! repetía Hoffmann.

— Pero es que necesitáis caja de colores, pinceles y lienzo.

— Tengo de todo eso en casa; ¡vamos!

— Vamos, dijo el doctor.

Y ambos salieron del café.

XVI

El Retrato

Hoffmann al tiempo de salir del café hizo un movimiento para llamar á un cochero; pero el doctor dió una palmada con sus secas manos, y al ruido, semejante al que hubieran hecho las manos de un esqueleto, llegó corriendo un carruaje forrado de negro, tirado por dos caballos negros y conducido por un cochero vestido también de negro. ¿En dónde estaba parado aquel carruaje? ¿de dónde había salido? Tan difícil hubiera sido á Hoffmann el decirlo como le hubiera sido difícil á Cendrillon el decir de dónde venía el carro que la llevaba al baile del príncipe de Mirliflor.

Un *groom*, negro no sólo por el vestido, sino también por la piel, abrió la portezuela: el pintor y el médico subieron, se sentaron uno al lado del otro, y al punto el carruaje echó á andar, sin meter ruido, hacia la casa de Hoffmann.

Así que llegó el carruaje á la puerta, se puso éste á dudar si subiría ó no á su casa, porque temía que, en cuanto volviera la espalda, se le desaparecerían el carruaje, los caballos, el doctor y los criados, con la misma rapidez con que se le habían aparecido. Mas ¿para qué se habían tomado el trabajo doctor, caballos, carruaje y criados de conducir á Hoffmann desde el café de la calle de la Monnaie hasta el muelle de las Flores, si el tal trabajo no tenía algún objeto especial? Esta lógica observación convenció á nuestro poeta: bajó, pues, del carruaje, entró en la casa, subió de prisa las escaleras, se lanzó á

su habitación, cogió paleta, pinceles y colores, escogió el mayor de sus lienzos, y bajó tan rápidamente como había subido.

El carruaje estaba aún á la puerta.

Pinceles, paleta y caja de colores entraron en el carruaje; el *groom* se encargó de llevar el lienzo: en seguida echó la máquina á correr con la misma rapidez y silencio.

Á los diez minutos hizo alto á la puerta de una lindísima casa situada en la calle de Hanovre, núm. 15.

Hoffmann miró calle y número, para poder volver sin necesidad del doctor.

Abrióse la puerta, y sin duda era conocido el doctor en la casa, porque no le preguntó el portero adónde iba; ambos entraron y subieron al primer piso, penetrando en un recibimiento, que parecía el vestíbulo de la casa del poeta en Pompeya.

Nuestros lectores se acordarán que entonces estaba la Grecia en moda; así es que el recibimiento de Arsenia estaba pintado al fresco, y adornado con candelabros y estatuas de bronce.

Médico y pintor pasaron del recibimiento á la sala.

La sala estaba también á la griega; el paño de Sedán con que se hallaba forrada era riquísimo, y la alfombra solamente había costado seis mil libras: el doctor llamó la atención de Hoffmann sobre aquella alfombra, que representaba la batalla de Arbella copiada del famoso mosaico de Pompeya.

Hoffmann no comprendía que se hicieran semejantes alfombras para andar sobre ellas.

De la sala pasaron al gabinete particular, forrado todo de cachemira: en el fondo había una cama baja que hacía el oficio de canapé y que se parecía mucho á la en que Mr. Guérin se acostó, habiéndolo hecho antes Dido para

oir las desventuras de Eneas. Arsenia había encargado que la esperasen en aquel gabinete.

— Ya, joven, habéis entrado en la casa de un modo decente y natural : por supuesto que si el amante titular os pilla aquí, sois hombre al agua.

— ¡ Oh ! exclamó Hoffmann ; véala yo otra vez, véala otra vez, y.....

La palabra expiró en los labios del pintor, quien se quedó con la mirada fija, los brazos tendidos y el pecho jadeante.

Acababa de abrirse una puerta y detrás de un espejo giratorio había aparecido Arsenia, verdadera deidad del templo en que se dignaba hacerse visible á su adorador.

Estaba vestida como Aspasia en todo su lujo antiguo, con sus perlas en los cabellos, su manto de púrpura bordado de oro, su largo ropaje blanco, ajustado al talle por un sencillo cinturón de perlas, anillos en los pies y en las manos, y en medio de todo aquello, el extravagante adorno, que parecía inseparable de su persona, el collar de terciopelo que tenía, cuando más, cuatro líneas de ancho y que estaba sujeto por aquel broche lúgubre de diamantes.

— ¡ Ah ! ¿ sois vos, ciudadano, quien se encarga de hacer mi retrato ? preguntó Arsenia.

— Sí, balbuceó Hoffmann ; sí, señora, y el doctor ha tenido la bondad de recomendarme.

Hoffmann buscó al doctor, como para solicitar su apoyo ; pero había desaparecido.

— ¿ Qué buscáis, qué queréis, ciudadano ?

— Buscaba, señora, al doctor, al hombre que me ha traído á esta casa.

— ¿ Y para qué lo queréis si ya estáis en ella ?

— Pero ¿ en dónde está ? preguntó nuestro joven.

— ¿ Qué sé yo ? ¿ vais á perder el tiempo en buscarlo ?

contestó impacientada Arsenia : se habrá ido á sus asuntos ; pensemos en los nuestros.

— Estoy, señora, á vuestras órdenes ; dijo Hoffmann temblando.

— ¿ Conque os decidís á retratarme ?

— Es decir que soy el hombre más feliz del mundo, pues que obtengo tal favor ; sólo que temo una cosa.

— ¡ Bien ! ¿ ya la vais á echar de modesto ? Quiere decir que si no lo hacéis con toda perfección buscaré otro que lo haga. Él quiere tener mi retrato. Yo había observado que me mirabais como hombre capaz de conservar mis facciones en la memoria, y por eso os he preferido.

— ¡ Gracias, mil gracias ! exclamó nuestro pintor devorando á Arsenia con sus miradas. ¡ Oh ! sí, he conservado vuestras facciones en mi memoria, aquí, aquí, aquí.

Y se puso la mano sobre el corazón.

De repente vaciló y palideció.

— ¿ Qué tenéis ? le preguntó Arsenia con cierto despego.

— ¡ Nada, nada ! empecemos.

Al ponerse la mano en el corazón había sentido entre el pecho y la camisa, el medallón de Antonia.

— Empecemos, repitió Arsenia ; eso es muy fácil de decir. Desde luego, *él* no quiere que me retrate con este vestido.

La palabra *él*, repetida ya por dos veces, atravesaba el corazón de Hoffmann como si fuera una de las agujas de oro que sostenían el adorno de la moderna Aspasia.

¿ Y *él* cómo quiere que se os retrate ? preguntó Hoffmann con notable amargura.

— Por el estilo de Erígone.

— Perfectamente : el adorno de pámpanos os caerá muy bien.

— ¿Sí? dijo Arsenia haciendo un arrumaco. Pero se me figura que tampoco debe sentarme mal la piel de pantera.

Y dió un golpe en el timbre, á cuyo sonido entró una camarera.

— Eucaris, le dijo Arsenia; traed el tirso, los pámpanos y la piel de pantera.

Luego, quitándose dos ó tres alfileres que sostenian su tocado y meneando la cabeza, se envolvió en una oleada de cabellos negros que bajó en forma de cascada por sus hombros, rebotó en sus caderas y se esparció, ondulosa y espesa por la alfombra.

Hoffmann, admirado, no pudo menos de hacer una exclamación.

— ¿Qué es eso? ¿qué hay? le preguntó Arsenia.

— Es, señora, que jamás he visto cabellos semejantes.

— Por eso quiere *él* que los luzca y por eso *hemos* tomado por modelo á Erigone, pues así tendré suelto el cabello.

Las palabras *él* y *hemos* fueron dos puñaladas que atravesaron el corazón del pintor.

Entre tanto Eucaris habíallevado los racimos, el tirso y la piel.

— ¿Necesitamos algo más? preguntó la bailarina.

— No, creo que no; balbuceó nuestro alemán.

— Está bien: dejadnos solos, y no vengáis hasta que os llame.

Eucaris salió dejando cerrada la puerta.

— Ahora, ciudadano, dijo Arsenia, ayudadme á ponerme estos adornos, que es cosa que os toca á vos. Yo confío mucho en el buen gusto del pintor.

— Y tenéis razón, exclamó Hoffmann: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué hermosa vais á estar!

Y cogiendo la rama pampanosa la colocó en torno de la cabeza de Arsenia con ese arte que tienen los pintores

para dar á cada cosa un realce ó un reflejo: después tomó con la punta de los dedos, y no sin estremecerse, aquellos largos y perfumados cabellos, y los adornó con granos de topacio, entre las hojas de esmeralda y rubies de la vid del otoño, y con su mano de poeta, pintor y amante embelleció, como había prometido, á la bailarina de tal modo, que al mirarse ésta en el espejo no pudo menos de dar un grito, hijo de la alegría y del orgullo.

— ¡Oh! tenéis razón, dijo Arsenia; ¡qué bien estoy, qué bien! Continuemos.

— ¡Cómo! ¡que continuemos! preguntó Hoffmann.

— Sí; debo estar lo mismo que una bacante.

Hoffmann empezaba á comprender.

— ¡Dios mío! murmuró; ¡Dios mío!

Arsenia se desabrochó sonriendo el manto de púrpura, quedando sujeto solamente con un alfiler, al cual no podia alcanzar.

— ¡Pero ayudadme, ciudadano! dijo con impaciencia. ¿Tendré que llamar otra vez á Eucaris?

— ¡No! ¡no! exclamó Hoffmann. Y acercándose inmediatamente á Arsenia le quitó el alfiler rebelde: el manto cayó á los pies de la hermosa griega.

— Ya está, dijo el joven respirando.

— ¡Oh! dijo Arsenia: ¿creéis acaso que sienta bien la piel de tigre sobre el largo traje de muselina? Yo creo que no; y además, *él* quiere una bacante, no como las que se presentan en el teatro; sino una verdadera bacante como están en los cuadros de Caracci y de Albano.

— En esos cuadros están desnudas.

— ¡Pues bueno! así me quiere *él*; sólo hay que acomodar la piel de tigre, y esa la pondréis como mejor os parezca.

Y mientras decía estas palabras se quitaba el cinturón de perlas, y abría el broche del cuello, de suerte que el vestido desprendido iba dejando desnudo el cuerpo

á modo que iba bajando desde los hombros hasta los pies.

— ¡ Oh ! dijo Hoffmann cayendo de rodillas : esta no es una mujer ; ¡ es una diosa !

Arsenia echó á un lado con la punta del pie, el manto y el vestido.

Después cogiendo la piel de tigre, dijo :

— Vamos á ver ; ¡ qué hacemos con esto ? Ayudadme, ciudadano pintor ; no estoy acostumbrada á vestirme sola.

La cándida bailarina llamaba vestirse á aquello.

Hoffmann se acercó balanceándose, embriagado y deslumbrado ; tomó la piel, abrochó sus uñas de oro en el hombro de la bacante, la hizo sentarse ó más bien tenderse en el lecho de cachemira encarnada, donde hubiera parecido una estatua de mármol de Paros si su respiración no hubiera agitado su seno y la sonrisa entreabierto sus labios.

— ¿ Estoy bien así ? preguntó rodeando con su brazo su cabeza y apretando un racimillo de uvas contra sus labios.

— Sí, sí, hermosa, hermosa, hermosísima, murmuró Hoffmann.

Y pudiendo más en él lo amante que lo pintor, cayó de rodillas, cogió la mano de Arsenia y la llenó de besos.

Arsenia retiró la mano con más asombro que cólera, y le preguntó.

— ¡ Vamos ! ¡ qué hacéis ?

Esta pregunta había sido hecha con un tono tan frío y tranquilo, que Hoffmann se echó para atrás, poniéndose las manos en la frente.

— ¡ Nada, nada ! balbuceó el infeliz : perdonadme ; estoy loco.

— Sí, que lo estáis, replicó la bailarina.

— ¡ Para qué me habéis hecho venir ? exclamó Hoffmann : responded, hablad.

— Para que me retratéis : nada más.

— ¡ Oh ! es verdad, para retrataros ; nada más, repitió el pintor.

Y sobreponiéndose á su voluntad, colocó el lienzo en el caballete, cogió la paleta y los pinceles, y empezó á dibujar el cuadro embriagador que tenía delante.

Pero el artista había confiado excesivamente en sus fuerzas ; cuando vió que aquel modelo voluptuoso brotaba por todas partes y que su ardiente realidad se reproducía en los mil espejos de la habitación ; cuando vió en lugar de una Erígone diez bacantes ; cuando vió que cada espejo repetía la embriagante sonrisa, las suaves ondulaciones del pecho que sólo cubría á medias la uña de oro de la pantera, conoció que le pedían una cosa superior á las fuerzas humanas, y tirando paleta y pinceles, se lanzó á la hermosa bacante y grabó en su hombro un beso en que había tanta rabia como amor.

Pero en aquel mismo instante, se abrió la puerta, y la ninfa Eucaris entró apresuradamente en el gabinete, gritando :

— ¡ Él ! ¡ él ! ¡ él !

Y antes que tuviese tiempo para volver en sí, Hoffmann se vió empujado por las dos mujeres y lanzado fuera del gabinete, cuya puerta se cerró en seguida, y entonces, verdaderamente loco de amor, de rabia y de celos, atravesó balanceándose, por la sala, y no bajando, sino resbalándose por la escalera, se halló sin saber cómo en la calle, habiendo dejado en el gabinete particular de Arsenia sus pinceles, su caja de colores y su paleta, lo cual importaba poco, y además su sombrero, lo cual podía importarle mucho.